

pleto, Troncoso escuchó su palabra “patriótica, vibrante y plena de sabiduría que ponía de manifiesto la justicia de la aspiración de Cuba a obtener su libertad e independencia”. Más adelante dijo, para terminar: “Aquella tarde de setiembre de 1892 ha constituido para mí uno de los recuerdos perdurables de mi juventud, más que por haberme hallado cerca de aquel que “alzó el mundo”, según su frase profética en la histórica carta del 25 de marzo de 1895 a Federico Henríquez y Carvajal, porque, cavilando en mi edad proveya sobre las coincidencias notables de la Historia, he pensado se hallaron en ese momento, el uno junto al otro, quizá por obra de la Providencia, los dos grandes hombres representativos del alfa y omega del señorío político hispano en América, justamente cuando unos días después iba a cumplirse el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo”.

Al concluir anunció que el ilustre académico de número don Ramón Emilio Jiménez, escogido al efecto por el Departamento de Educación y la Academia de la Historia, iba a hacer en seguida la apología del glorioso Apóstol cubano.

En otro lugar de esta edición se inserta el luminoso panegírico que hizo del inmortal José Martí el académico Ramón Emilio Jiménez.

En el fondo de la Sala Capitular lucían sus colores la bandera de la República de Cuba y la de la República Dominicana.

La banda de música del Distrito de Santo Domingo interpretó al iniciarse el acto el himno nacional dominicano y al finalizar el himno nacional cubano, los cuales fueron oídos con visible emoción por la numerosa y selecta concurrencia presente en la cual se hallaban representados todos los círculos sociales e intelectuales de esta capital. Varios miembros prominentes de la colonia cubana figuraban entre la concurrencia.

Tanto la introducción del Presidente de la Academia como el discurso del académico Jiménez fueron motivo de un caluroso aplauso y muchas felicitaciones.

Apología de José Martí, Apóstol de la Independencia de Cuba

Por R. EMILIO JIMENEZ

INTRODUCCION

Señor Secretario de Estado de Educación y Bellas Artes,

Señor Presidente del Consejo Administrativo del Distrito de Santo Domingo,

Señor Encargado de Negocios de Cuba,

Señor Presidente de la Academia Dominicana de la Historia,

Damas y caballeros:

Como concurso de la Academia Dominicana de la Historia a la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes y al Consejo Administrativo del Distrito de Santo Domingo, para la celebración del centenario del nacimiento de José Martí, prócer de la

Independencia cubana, esta corporación oficial resolvió llevar a cabo un solemne acto académico en honra de figura tan esclarecida de la Historia del Nuevo Mundo, y particularmente de Cuba, confiando el encargo de hacer su apología al menos autorizado de sus miembros.

De muy breve tiempo dispuse para tarea tan delicada como la de abarcar en un juicio sintético la grandeza de una vida y la trascendencia de una obra con un destino insular como primer deber y otro continental como ulterior propósito del que lo inmediato era tan sólo su antesala, y he tenido que plegarme a circunstancias de premura vedatorias del suficiente acopio en las fuentes de la documentación.

Con esas desventajas no podía aspirar a trabajo de estudio y de investigación digno de figura tan



conspicua y cara a la memoria de la gran familia de pueblos americanos, que valiese la pena como tributo de amor y de veneración de esta academia al héroe y a su causa. Pero, de todos modos, el intento de corresponder del mejor modo posible a la honrada confianza de que he sido, objeto por parte de esta docta casa de estudios, lo he hecho con el entusiasmo que despiertan en mi espíritu los grandes bienhechores de la Humanidad. Hecha la salvedad que tuve por necesaria, daré lectura a este estudio apologético de José Martí.

Señores:

Cuba debía cerrar el ciclo heroico de la emancipación colonial de América. Era la única que faltaba para dar término en el Nuevo Mundo a ese capítulo de su trágica historia; mas no por eso era ella la única de vida política retrasada de nuestro hemisferio, porque antes se había vertido sangre en anteriores cruzadas que por circunstancias adversas a las armas cubanas no fueron victoriosas, aunque sí gloriosas.

El ideario revolucionario no había sido allí estéril hasta el comienzo de la última cruzada cívica en 1895. Se había creado conciencia revolucionaria sin la cual no hubiera surgido la Guerra de los Diez Años, iniciada en 1868 con el Grito de Yara por Carlos Manuel de Céspedes. La paz del Zanjón fué tan sólo una tregua: la necesaria para dar a lo que debía venir después la organización enderezada a prevenir la derrota.

Faltaba la figura revolucionaria conspicua que pusiera en fina vibración el ambiente, atara cabos interiores, hiciera lo mismo exteriormente y concertara los hilos de dentro con los de fuera en una trabazón secreta de la trama, constituyendo así dicha figura la aguja que debía ir y venir en la malla de la revolución.

Se imponía la necesidad de ese espécimen de enlace intelectual, volitivo y material de los elementos dispersos que se hallaban por doquiera, y no se veía por ninguna parte quien pudiera ofrecerse para la unificación consciente de energías y valores humanos en latencia, y para crear tanta nueva energía y nuevos valores como eran menester en circunstancias tan difíciles, en el que el fracaso de los vencidos movimientos había agudizado las pesquisas contra toda otra posible insurrección.

¿Dónde encontrar el sér privilegiado que afrontase tan agudo problema? Corría en sus inicios el año 1853 y ese sér estaba ya en el propio suelo de Cuba, pero en ciernes. Nació en la casa No. 102 de la calle de Paula, de La Habana, el 28 de enero de

1853 y fué cristianizado en la Iglesia del Santo Angel Custodio de La Habana, el 12 de febrero del mismo año. ¡Y qué prodigio humano era el que nacía! Algo más que un puente para acercar esfuerzos y voluntades: le nacía a Cuba el que había de ser la figura de apóstol más grande de su siglo no sólo de ella, sino del vasto mundo americano. Esa genial figura fué la llave que puso término glorioso al coloniaje español en América: José Martí.

“Tuvo la intuición de su papel y de su deber desde sus albores infantiles”, afirma Abarzabal en el prólogo del libro *Martí*, de Andrés de Piedra Bueno, publicado en 1939.

Vino al mundo con un sello indeleble con que lo marcó la naturaleza: el de poeta. Como era un predestinado, halló un gran poeta en su camino, que también era un gran maestro. Hay honda verdad en el proverbio: “Dios los cría y ellos se juntan”. Vió al muchacho y comprendió al muchacho. Le vió la chispa genial y propició la llama. Llamábase Rafael Ma. de Mendive. Vocación de Martí y dirección de De Mendive fueron lluvia y tierra de una primera siembra. Ya en el Instituto de La Habana, como alumno, dió con un condiscípulo llamado a desempeñar importante papel en su destino: Fermín Valdés Domínguez. ¡Otro feliz hallazgo! Comprendiéronse y trabaron amistad.

Poco después Mendive fué hecho prisionero por la liberalidad de sus ideas. Esta prisión indignó al discípulo y su protesta se hizo pública. Se prendía, en Mendive, al Bautista de aquel nuevo Cristo. La primera manifestación de su sentimiento patriótico la hizo el poeta: Fueron los versos a su madre. La maternidad debía ser el tema de vanguardia. La segunda manifestación de ese mismo sentimiento patriótico correspondió a otra deidad maternal, a otro objetivo delicado en su temática divina: Cuba. Estos dos poemas los escribió Martí en muy temprana edad. El uno aún siendo niño; el otro apenas salido de la niñez. Fueron su entrada en la adolescencia, en lo concerniente a lo físico, y en el apostolado, por lo que hace a lo moral. Empezar por el poeta, ser el poeta el heraldo de vida futura tan intensa, tan dramática, tan llena de heroicidad y de infinito, es har; to significativo. ¡El poeta abriendo a filo de luz y de canción la historia de una revolución de trascendencia progresiva en los grandes esfuerzos dolorosos por la justicia, por la libertad y por la paz. Justicia, libertad y paz, que son, más que el lema, la plataforma para el reinado del Espíritu!

Pero los hombres vacíos, más que de conocimientos, de espiritualidad, empezaron por no creer



en quien se iniciaba como un ángel cuando supieron que traía una misión de tanto bulto y responsabilidad. No podían comprender cómo se puede abrazar una causa de liberación humana contra la fuerza inhumana oponiendo el oro de una lira al hierro de las bayonetas, el amor que canta al desamor que ruga y que atropella.

Cuba, América, Humanidad: he aquí los objetivos del nuevo cristo en promesa. Un retoño del árbol de Dios, aparecido en Cuba: eso era el muchacho con trazas de hombre que recibía en la prisión de las canteras de San Lázaro, con llagas de grilletes, el espaldarazo del destino.

El poema dramático "Abdala" publicóse en el periódico "Patria Libre", fundado por él y del que sólo se publicó el primer número. Luego, apuntó la rebeldía en una carta que él y Valdés Domínguez suscribieron, llena de reflexiones a otro imberbe mozo como ellos y atrapada por las autoridades de manera casual en un registro hecho en la casa del destinatario. Y aquí abrióse la primera página del drama que se inició con su presidio en Las Canteras de San Lázaro y terminó con su caída trágica en Dos Ríos.

De presidiario pasó a proscrito. Fué algo providencial. A España se eligió para su destierro y eran españoles los que encarcelaban, engrillaban y fusilaban en la isla irredenta.

Pero España, sin sentirlo ni quererlo, sino por misteriosa fuerza que la hacía converger al mismo fin libertador de su última colonia en América, abrió sus aulas universitarias al apóstol de la liberación de Cuba. Se inscribe en la Universidad de Madrid, mas le apremian recursos para continuar sus estudios, y cuando está a punto de fracasar en ellos por insuficiencia de estipendio, sobreviene lo inesperado: la deportación de su amigo Valdés a Santander.

Valdés era hijo de padres ricos. Martí de padres muy pobres. El amor a Cuba los unió desde aquella histórica carta de su adolescencia, y el destierro los unía más aún en territorio español. Entonces arribaron a Zaragoza, en cuya Alma Máter obtuvieron sus grados universitarios. Martí salió de aquella almáca de conocimientos con dos licenciaturas: en Derecho y en Letras Humanas. Eran nuevas armas para su pluma de escritor y su verbo de orador, que ofreciales la docta institución docente; medios de lucha más poderosos que las armas propiamente dichas, al servicio de su causa redentora.

Y todo aquello habíalo de España, contra la que se proponía arrancarle, como perla de su corona, la independencia de Cuba. Con este equipo de sabiduría, de intuición disciplinada y de arrestos obedientes al freno de la lógica, desató el hilo de sus ansias andariegas llamado a ser madeja de grandes acontecimientos, y estuvo en Francia, México, Centro América, Estados Unidos, las Antillas y la América del Sur, con la pluma y la voz abriéndole camino al pensamiento.

La patria dominicana se le abrió fraternalmente en recursos de hombres, armas y dinero. Al arribar a ella visitó hombres ilustres y centro de cultura en la capital, Santiago, La Vega, Puerto Plata, Montecristi, Baní, Azua, Barahona y otras importantes poblaciones. Las sociedades Amigos del País y Amantes de la Luz, de Santo Domingo, hoy Ciudad Trujillo, y Santiago de los Caballeros, respectivamente, le brindaron sus tribunas. Hasta españoles conscientes de la justicia de la causa aveníanse a escucharlo con reverencia, porque en rigor, el héroe no atacaba al noble y levantado pueblo español, sino a equivocados y obcecados gobernantes. No ofendía a la Madre Patria, sino que pedía patria y libertad para la hija digna de alzar sobre su suelo una bandera.

Por eso, el Manifiesto de Montecristi, suscrito por él y Máximo Gómez como el credo de la revolución liberadora de Cuba, es documento que parece dictado por el propio Jesucristo —de tan lleno de amor como se halla— a cubanos y españoles que se opusieron a que Cuba fuera libre. No se ha ponderado lo bastante en sus grandes lineamientos ideológicos tan levantado documento, donde una filosofía de la acción desprendida de uno de los cerebros mejor calificados en doctrinas de sabiduría moral, cual era el de Martí, vació en esa página única en su clase un nuevo evangelio de justicia, de derecho y de amor a la patria y a la humanidad.

Educadores, periodistas, escritores, hombres de armas, ganaderos, agricultores y obreros en general, volaron a Cuba tras el Manifiesto de Montecristi después del desembarco por Playitas de Martí, Gómez y cuatro bravos más en territorio cubano.

Federico Henríquez y Carvajal, maestro de varias generaciones y primer presidente que fué de esta Academia de la Historia, mereció ser llamado, por su alta contribución a la causa de Cuba, el Hermano de Martí. Y Manuel de Jesús Peña y Reynoso, maestro también de varias generaciones y fundador de la histórica Sociedad Amantes de la Luz, hoy Ateneo del mismo nombre, voló también a Cuba al igual que



Modesto Díaz, Marcano, Lorenzo Despradel, Marcos del Rosario y otros tantos, donde llegó a ser Coronel del Ejército Libertador.

Todo allanóseles a tales respectivos genios de la pluma y de la espada. Gómez y Martí, como por determinismo providencial, según advierte Max Henríquez Ureña en su bien documentada conferencia sobre Historia cubana, pronunciada en la Sociedad de Conferencias de Santiago de Cuba, y justo es que, en el Centenario del nacimiento de Martí, la Academia Dominicana de la Historia, fundada por el Presidente de la República, Generalísimo y Doctor Rafael L. Trujillo Molina, por decreto del 23 de julio de 1931 para favorecer los estudios históricos dominicanos y de toda la América, rinda al insigne apóstol de la libertad, en el centenario de su nacimiento, merecido tributo a su memoria esclarecida.

JUSTICIA

El ideal de patria es algo que está muy hondo en el alma individual y en el alma colectiva. Los que pretenden reducir la intensidad del patriotismo, ponerle límites al nacionalismo, frenar el sentimiento doméstico en favor de una órbita mayor de casa propia y de nativo suelo con diversos nombres de buena resonancia en la acústica de otro ideal de expansividad de lo llamado mío y nuestro en el concepto geográfico e histórico, o sea de escenario y de vida, de entidad y de ambiente, de naturaleza y de cada porción del espíritu total obligado por ley de acomodamiento a determinada porción también de la naturaleza universal, se desentienden en cierto modo de una realidad rebelde a toda ley de expansionismo que no la tenga en cuenta como centro vital de toda evolución del espíritu cívico hacia una patria mayor en el sentido internacional al servicio de la paz.

Lo que se necesita, por más que se lucubre en concepciones sobre tan primordial asunto, no es otra cosa que tratar de resolver este problema, sencillo, claro y patente a la mirada del más lego de intelecto; el trato justo a cada individuo y a cada pueblo constituido en nación o que lucha por darse una personalidad nacional. Y más concretamente aún: que haya justicia!

Todo en este punto viene a ser una simple y llana cosa: justicia, término fuera del vocabulario filosófico y que representa todo el contenido de humanitarismo político y social que anda por ahí en fórmulas, comprimidos metafóricos y programas de acción, pero sin concreción a determinado fin práctico.

MAESTROS DE MARTÍ

Martí tuvo dos grandes maestros, personal el uno: Rafael María de Mendive ya mencionado; impersonal el otro: el dolor inmenso de su pueblo sometido. Este doble magisterio hizo de él el más grande maestro y el más grande apóstol americano de su época.

Y he aquí otro caso misterioso de favor divino en la causa de Cuba contra España: el apóstol y mártir de esa causa es fruto de matrimonio español: hijo de padre valenciano, Don Mariano Martí, y de madre canaria, Doña Leonor Pérez. Pero vino al mundo en Cuba y es ésta la madre mayor a quien debía otro amor más entrañable de hijo y por la que se dispuso dar la sangre que recibió de su otra madre, con tal de verla libre.

Así, hijo de españoles, graduado en una universidad española y defendiendo desde tribuna española el derecho de Cuba a la propia determinación, no puede menos de explicarse la sublime sentencia de Monseñor de Meriño en la apoteosis de Juan Pablo Duarte: "El Señor franquea la vía a los acontecimientos que preside la justicia".

EL AMIGO

Tan grande como el amigo Mendive, en cierto punto, era para Martí su discípulo Valdés. En toda lucha por los derechos humanos o por reivindicaciones necesarias y justas, hay el amigo pleno e irrefractable. Un amigo es siempre, por designio supremo, la sombra de bondad a toda firme luz. Todos los predestinados a grandiosos hechos lo han tenido. Como el Horacio de Hamlet, así el Valdés de Martí. Los dos nombres unidos en una carta revolucionaria se vieron unidos también en Madrid. ¿Qué mano misteriosa empujó a Valdés a España, adonde había ido deportado Martí? . . . Y llega Valdés a Madrid cuando su amigo sufre graves privaciones. Y llega en el momento preciso en que la necesidad lo reclamaba al lado del proscrito. Valdés, rico; Martí, pobre. He ahí el índice de la misteriosa mano que desde la colonia irredenta dirige, hacia la Metrópoli opresora, al Cristo en ciernes y al cirineo prematuro.

Creo que en un nuevo monumento a Martí no deben faltar el maestro inspirador y el amigo bienhechor. La paternidad espiritual que lo orienta y la lealtad amical que lo conforta. Los dos son dignos, más que de simple mención informativa en la historia del héroe, de reconocimiento honorífico de sus respectivos méritos en el período de nebulosa del as-



tro. Ellos también compartieron, el dolor del discípulo el uno, y el dolor del compañero el otro. Los dos sufrieron de persecuciones y atropellos, como el apóstol en los momentos de su integración. Los dos fueron piedras angulares en el basamento moral del gran hombre y tienen derecho secundario de recordación objetivada en un detalle del conjunto escultural a la gloria del genio de la libertad cubana por cuanto ofrecen de valor educativo junto a él, a las presentes y futuras generaciones.

DE ESPALDAS AL ODIIO

No sintió Martí odio a España. Antes bien la amaba. Por ser, como ya queda dicho, de ascendencia española, la sangre hispana cercábale con obstinada persistencia, por lo que pudo decir al periodista español Julio Burell, en memorable circunstancia de que se hizo eco mi ilustre compatriota fenecido Federico García Godoy, que “tenía alma española, nombre español, gustos españoles y profundo amor a los libros españoles que habían caldeado su espíritu con el espíritu de España, y agrega con agudeza de verdad y de intención: “Yo que entre ustedes soy aquí un igual, un compañero, un amigo, allí soy un extranjero, viviendo en tutela, sometido, sospechado: con todas las puertas cerradas a mi derecho, si pido justicia; a mi ambición, si legítimamente quiero ser ambicioso. . .”

Y concluye diciendo el periodista español que nos ocupa, que aquel joven enclenque que declaró ser separatista en el ateneo de Madrid sin lograr ser escuchado ni tenido en cuenta, “representaba para España el destrozo de su ejército, el hundimiento de dos escuadras, la pérdida de millonadas de pesos y de un imperio colonial, de que ella se lamenta como producto de una verdadera catástrofe.”

Y es que Martí era muy grande para poder sentir odio a España, ni siquiera de los que deshonraban a España con sus actos en Cuba. En el apostolado legítimo no caben bajas pasiones, ni ruines concupiscencias. El ideal es puro como el sol que, si quema, es para confortar y fecundar.

MARTÍ Y LA MUERTE

Martí —al decir de su biógrafo Andrés Iduarte— creía en la utilidad de la muerte heroica. Admitía la conveniencia de morir por la causa y con la causa redentora como circunstancia favorable al triunfo de la misma por la supervivencia que había de asegurarle a ésta el martirio del que abnegadamente la abrazaba. “Yo —decía— creo en ella como

en la almohada, y la levadura, y el triunfo de la vida”. Es criterio bastante generalizado el suponer que no basta al héroe de una obra de redención la heroicidad de concebirla, crearla y consagrarse a su realización, sino que debe inmolarsse en ella, como si le fuera indispensable so pena de que se malograra.

Tan firme es la opinión de Iduarte respecto de que Martí mantenía esa creencia en la “fuerza de los muertos”, como también se la designa, que juzga pertinente una aclaración para que no se la confundiera con la vocación al suicidio.

El no creyó, ciertamente, que le había llegado su hora nona. No alentó la convicción de que debía y tenía que morir como exigencia de su causa. No heredó redención y martirio en su concepción del Apóstol, ni les dió ligazón en su credo de libertad. Y viene en apoyo de este aserto lo afirmado por Américo Lugo, de que Martí “libertó a Cuba no por mero patriotismo nacional, con todo y no haberle superado nadie en este sentimiento, sino por su inmenso amor a la humanidad, del cual su americanismo y su cubanismo son luminosísimo reflejo”.

En efecto, no finalizaba, con la independencia de Cuba, la misión de Martí, pues que el separatismo era sólo un aspecto, luminoso y grande, de la misión total. Los cristos, nunca lo son de determinada porción humana, sino del género humano. El primer redentor y mártir de la historia, Jesucristo, no habló sólo de liberación de una parte del mundo, sino del mundo entero, y si anunció su próxima muerte, imbuído en profecía, no se propuso ser mártir de obra.

Yo, francamente, no comparto esa tesis, sino que me resisto a creer que Martí la sustentara, y que su muerte, en la forma acaecida, respondiera a esa necesidad de inmólación heroica que me sabe a sibaritismo de tipo necrológico. Un examen de las fisgas y diatribas de los envidiosos de tan gloriosa vida, diría la última palabra.

El propio Martí no hizo ningún razonamiento de peso para probarlo. Lanzó simplemente, en sus momentos de indignación cívica ante la incompreensión de sus menguados detractores, frases que no dejaran traslucir su verdadero origen. Tuvo por conveniente demostrar que no era sólo batallador en el campo de la docencia, en la tribuna periodística, en la palestra del verso y en la epístola revolucionaria, y de ahí el error que lo condujo irreflexivamente a la muerte. Sólo le faltó para ser un Cristo la serenidad para afrontar la burla. De lamentarse es que le faltara tan divino recurso, porque así no hubiera muerto tan a destiempo, cuando todavía estaba su

verdor de actividad valiente y generosa para continuar su apostolado. Pero recalco: no concibo que Martí creyera en la utilidad de la muerte heroica.

Por la misma razón no valorizo como actitud ejemplar la dieta de hambre como protesta por privación injusta de libertad u otra forma de atropello a la dignidad humana, que sobre no desarmar a los autoritarios pone en grave peligro la salud de las víctimas y acaba por ser forma de suicidio incompatible con la elevación de espíritu propio de todo buen cristiano.

A Martí se le juzga demasiado por frases libres que corren en escritos trazados a la ligera en el profuso discurrir de su elocuencia, frases que le inspiraron sucesos y emociones del medio que fué escenario de su obra.

Es común extraer de ellas conclusiones peregrinas respecto de su psiquis, que podrán caricaturizarse pero no retratarle, aun cuando no haya en la pluma para el retrato moral lo que en el lápiz para el retrato físico.

Una reacción momentánea a una incompreensión desagradable arroja poco dato al ojo escrutador del retratista de almas, que mira a veces sombras donde sobre la luz. Se falla, por lo común, en la visión del contraste, mayormente si el héroe del enfoque es un elegido del arte. Y Martí, mago del verbo olímpico, fué víctima de trazos apasionados con mal ojo y pulso falso hechos en una equivocada apreciación de los claroscuros de su heroica vida.

Lo superficial y circunstancial no puede aprovecharse para dar juicios acerca de personajes y de pueblos. Los juicios han de basarse en lo profundo y permanente de sentimientos y de ideas, de resoluciones y de hechos. José Enrique Rodó dijo en *Motivos de Proteo*: "Cada uno de nosotros es, sucesivamente, no uno, sino muchos". Las reacciones que los hechos nos producen no son siempre las mismas en presencia de esos mismos hechos, sino diversas, y esta verdad debe serle familiar a la crítica.

Las discrepancias entre críticos y panegiristas martianos en torno a determinadas manifestaciones psíquicas de Martí, son hijas de lo mismo.

Martí se quejaba a veces. Toleraba, pero pegaba con la razón de sus severos juicios, y en ocasiones solía manifestar pesimismo; pero éste no le desalentaba en su fervor. De él podía decirse lo que Cristóbal de Castro, en su libro "Vidas Fértiles", de Joaquín Costa, el afirmar, contra los exégetas, "que el llamado pesimismo de Costa no era, según ellos interpretaban,

literatura personal y enfermiza, sino tradicional y saludable, agregando que sus quejas no encarnaban ayes, sino truenos. Y sus orígenes no nacían de él, sino de las entrañas nacionales."

Martí reflejaba, en su dolor, el de su amada Antilla irredenta, y con él, el del resto de América, ya separada del coloniaje, pero con la colonia mentalmente presente en los albores de nuevos rumbos hacia una independencia de su espíritu. Nada extraño, pues, su condición psíquica de "inadaptable", que ve en él el doctor Joaquín Martínez Sáenz y Antonio Martínez Bello, buscando fuera de él mismo, con la propia lumbrería interior en generosa extraversión de su espíritu, por lo que le llama el primero el "Inadaptable Sublime".

Y sorprende que un hombre de excelstitud y de excepción como él era, que pasó por las mayores pruebas de lo trágico de la vida con hidalguía conmovedora, y que cuanto más riguroso el examen aplicado a su vida y obra más puro sale del estudio de su personalidad, no tuviera la sonrisa filosófica y la indiferencia elegante para con los apedreadores con invectivas, de que no están exentos los apóstoles.

Porque la verdad es que Dos Ríos se interpuso al saldo de promesas, al balance de futuro que la inquietud del Nuevo Mundo no podía menos de esperar de un sembrador tan eminente, que se olvidó frente a la brutalidad de los celosos de su gloria, de que había afrontado demasiados peligros en su alta empresa de cada hora de su heroica existencia para que, abstraído en la extraña idea de que debía ser el que más se arriesgara y se expusiera en cada detalle de la acción, volara locamente al encuentro de las balas enemigas contra la orden de su jefe militar para dejar constancia, no a los españoles contra quien peleaba, sino a los cubanos que le detractaban tildándolo de que sólo sabía enviar hombres a la ccntienda sin atreverse a contender, de que sabía afrontar el peligro y desafiar la muerte. De ahí este cuarteto dictado por su amor propio herido:

"No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor:
yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al sol!"

Dos Ríos es, bien mirado, un dolor eterno. La muerte no fué a Martí sino que él fué a la muerte. No se la dió, ciertamente, pero la deseó y la buscó, y al hallarla, se perdió con él, prematuramente, todo lo que le faltaba por hacer, que no era poco.

Juzgándolo así don Fidelio Despradel, de ilustre memoria, fué el primero, sin duda, que, lamen-



tando tan irreparable pérdida, dijo desde una de las páginas del "Album a un Héroe", publicado en el País en 1896 en memoria de Martí y a iniciativa de Federico Henríquez y Carvajal, Néstor del Prado, Jaime R. Vidal, e Ignacio Alomá, lo siguiente: "Su muerte, ocasionada por un exceso de amor propio, es acaso el único cargo contra aquella vida preciosa consagrada toda entera al cumplimiento de altos deberes. Dió su vida a las balas españolas en momentos en que más debía vivir para bien de la revolución que su honrado esfuerzo supo llevar a los campos de Cuba".

Esa muerte prematura, no madura como he leído en uno de sus biógrafos, surgió en el más inquieto momento americano, aquel en que América, en el verdor de sus triunfantes luchas independentistas, vivía el ciclo dramático de ensayos y titubeos por el logro del perfil real y definitivo que había de dar a su sueño de futuro como principio de la segunda cruzada en su liberación de los moldes espirituales heredados de la madre colonizadora. Momento crítico en que su nombre, con resonancia ya continental, brillaba no sólo como un valor de primer orden en el campo del pensamiento libre, sino como un escritor de raza, con reluciente estilo propio que le colocaba al lado de Sarmiento, Hostos, Montalvo, Rodó, Justo Sierra, González Prada, Cecilio Acosta y otros contemporáneos suyos, que veían en él la figura llamada a completar en América la exclusión del coloniaje español, en su colosal esfuerzo por liberar a Cuba de la tutela que todavía pesaba sobre ella.

Cita Iduarte también, en apoyo de su tesis, el siguiente párrafo tomado de Fernando de los Ríos en su "Significación de lo humano en Martí": "Como en los grandes místicos y en contraste en esto con Unamuno, —decía de los Ríos— la muerte es para él la yema apical de todos los deseos...; a veces se siente cómo fluye a través de sus palabras el "muero porque no muero"... Yo no conozco nada, en efecto, comparable con estas palabras de Martí, salvo en la mística del siglo XVI y del XVII".

Pero este pasaje de De los Ríos dista mucho, a mi ver, de lo que se quiere hacer pasar en Martí como un misticismo conforme al cual el apóstol de una causa redentora debe abrazar la necesidad de la muerte heroica como medio de asegurar el triunfo de la misma, por aquello de "a tal vida, tal muerte".

Quería morir la célebre religiosa y poetisa española Teresa de Jesús de muerte natural o de cualquier modo que viniera la muerte, no importaba cómo ni cuándo, en su místico desposorio con Dios dentro del estado de perfección religiosa que envolvía

su alma alejada de todo lo mundano. Martí, por el contrario, ansiaba muerte trágica, "de cara al sol", como decía en forma de vaticinio poético.

Por más que se pretenda alejar la muerte prematura e innecesaria de Martí del verdadero y único motivo de ella, cual fué lo de dejar constancia heroica de su virilidad y de su actitud firme y resuelta ante el peligro, para desautorizar de tan patente modo a sus menguados detractores, que lo tildaban de cobarde, su muerte no tuvo otro motivo que el de la expresa reacción a la invectiva de sus gratuitos detractores.

Pruébanlo estas palabras salidas de sus labios cuando le zaherían innoblemente, y que Iduarte recoge en las páginas de su consabido libro: "Es cosa, si no fuera por la piedad, de ensartarlos en un asador, y llevarlos, abanicándose el rostro indiferente, a ver morir, de rodillas, al héroe de oro puro e impecadero... Hay que ir adelante, para bien de los egoístas, a la luz del muerto". La dureza dramática de los términos denuncia el escozor de la herida entre el intento de tolerancia o de piedad como de lirio sobre cardos. Y es que según ya dijimos, sólo le faltaba a Martí para ser un cristo la serenidad para afrontar la burla.

OTRO INTERESANTE ASPECTO DEL APOSTOL

Hasta en sus propios medios de expresión se observan atrevimientos de independencia verbal frente a las exigencias del código lingüístico, con que parece romper ciertas leyes idiomáticas.

Ya esto sabe a americanidad más que a humanidad en su sentido de letras humanas, y consecuentemente, a libertad e independencia de un heterodoxo, en cierto modo, del idioma, revolucionario por necesidad de reintegración total del mundo americano.

Y es que Martí trasladó a su prosa valiente, original y responsable, el trópico que abraza a Cuba y a buena parte de la América Central y a porciones del Septentrión y el Mediodía americanos; el trópico, donde alternan con el fuego de las horas más crudas del ambiente, el frescor de los momentos apacibles de la naturaleza en esta zona, y por eso es a veces tormentosa y a ratos dulce y sosegada la prosa de este orador y escritor que si no fué purista en toda la extensión de la palabra, fué puro en toda la elasticidad del vocablo, ya que el hombre y apóstol que había en él lo fueron en grado excepcional.



Y es que en Martí, la revolución político social por una Cuba dueña de su destino y una América con perfil definido y diferenciado con fisonomía y características propias, sin renunciación, claro está, de sus fuentes originales de vida, de civilización y de cultura, se echa de ver hasta en la estructura misma de sus medios expresivos. Figuras de pensamiento y modos de exteriorización responden en él a necesidad y sentido americanos, o más concretamente aún, a modos de ser y de luchar armónicos con naturaleza, población indígena y diversidad de condiciones ambientales incompatibles con patrones de vida de otros medios, traídos por el conquistador y el colonizador.

La observación de Jorge Mañac, citada y comentada por Andrés Iduarte en su libro "Martí Escritor", respecto de que en la literatura martiana lo humano está por encima de lo humanístico, es exacta. Fué el precursor de Rubén Darío, como se ha dicho, y abogado en esa creencia, con la que el propio autor de "Azul" estuvo de acuerdo, si no fué el primero en decirlo, lo cual no quita a Darío su derecho de creador del modernismo literario en América, que nadie le discute.

Para ser, según el retrato moral de Martí por Américo Lugo, "hermano de todos los hombres" y "magnánimo con sus enemigos", hay que ser apóstol. Cuando Lugo afirma de Martí que no sintió odio, reafirma más su apostolado. El apóstol es la negación de toda animosidad. Pero cuando puntualiza que era "humilde con los humildes", debió haber dicho que con todos, fueran o no humildes, porque todo legítimo apóstol es humilde a todas horas, y de ahí que José María Capó le llamara "el genio humilde". Tan humilde era que el propio Lugo descubre en aquella vida un candor angelical, y en el candor hay humildad.

Era un maestro y tenía que serlo. ¿Habría apostolado posible sin magisterio? Y fué poeta. El poeta es el divino punto de apoyo del maestro. No pensó en sí mismo sino en los demás. Otro rasgo característico del apóstol. "A América me debo", frase suya, pero en particular se debía a Cuba, de la que era hijo, y esto rezuma apostolado. Ningún apóstol, en rigor, lo es fraccionariamente sino en total y de lineamiento universal. No sintió odio porque en el apostolado no cabe el odio sino el amor.

Y Martí no sólo tuvo una conciencia americanista, sino que fué un concienzudo creyente en la unidad americana en forma de convivencia, y un actuante de primer orden en favor de ella, con tanto sentido de su necesidad como Bolívar, y acaso más radical en su concepción y en su constante declaración de

esa necesidad como el medio más seguro de la supervivencia americana, porque Martí se entregó plenamente a ese ideal y no se desilusionó jamás.

Bolívar tuvo un escenario político mayor, como hijo del Continente. Martí un escenario político muy limitado, como hijo de una isla. El campo insular, en los tiempos en que el mar dividía y era el aire infranqueable, ofrecía pocas facilidades a los hombres de vocación para redimir pueblos.

Martí no era la espada, sino la idea revolucionaria. No podía dirigir ejércitos; pero sabía ganar adeptos a la causa, sumarse voluntades, convencer con la palabra, dar fe con el ejemplo, formar conciencias con su vasto saber y su elocuencia extraordinaria; contagiar con el magnetismo de su sensibilidad y de su carácter. Nadie ataba cabos mejor que él, ni poseía dialéctica más firme para decidir o disuadir a titubeantes y a equivocados. Y nadie más agudo y previsor en los medios de hacerse de prosélitos. ¿Qué no habría sido, después de hecha la patria y creada la República, aquel prodigio de hombre para Cuba y para la causa de la unidad americana?

Está todavía presente, y lo estará por mucho tiempo sin duda, en la necesidad suprema de integración americana con perfil hemisférico original, característico, propio y definido, y con un amplio espíritu de convivencia ajustado sólidamente a la razón humana y jurídica, ya delineada y con nombre de Derecho Americano, aunque inseguro todavía.

Su muerte privó a la patria recién nacida por obra de su esfuerzo creativo, del segundo aspecto del padre, que es el que no termina con el nacimiento del hijo, sino que recomienza frente a la cuna que se abre y al vástago que cae en ella como grano en el surco. El padre tiene una función de maestro que cumplir y es la misma paternal pero con nombre de magisterial. Apostolado es paternidad. De un ideal primero y de la realidad de ese ideal después, y Martí no podía creer que lo daría todo cuando le naciera la patria, y que por consiguiente debiera morir con la criatura. Era muy grande para avenirse a tal creencia. Todavía está muy fresca la historia de su vida, elaborada muy a la ligera, y de ahí los juicios prematuros que han de pasar por el crisol de la serenidad antes de darlos como definitivos. Al prócer se le mira aún con fogata, y se le verá mejor cuando la llama se apacigüe, que es cuando mejor alumbra.

MARTI POETA

Martí poeta ofrece un interés especial al estudio de su vida y obra desde un punto de observación



sobre el cual no he visto nada hasta ahora en lo que llevo leído de cuanto se ha escrito acerca de él, y es como cultivador de dos géneros poéticos que entraron en crisis en la América Latina desde época anterior a la suya y que en la hora presente son bien raros. Refiérome a la copla y al romance.

La mayor parte de su obra poética está vertida en coplas. Véase el ensarte primoroso de cuartetos, en su mayor parte serventesios y redondillas en que sacó a relucir estados de alma:

Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma,
Y antes de morirme quiero
Echar mis versos del alma.

Yo sé de Egipto y Nigricia,
Y de Persia y Xenophonte;
Y prefiero la caricia
Del aire fresco del monte.

Callo, y entiendo, y me quito
La pompa del rimador;
Cuelgo de un árbol marchito
Mi muceta de doctor.

Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:
El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar.

Yo quiero salir del mundo
Por la puerta natural:
En un carro de hojas verdes
A morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro
A morir como un traidor:
Yo soy bueno, y como bueno
Moriré de cara al sol!

Cuando en brazos de la cruz
El hombre morir resuelve,
Sale a hacer bien, lo hace y vuelve
Como de un baño de luz.

Duermo en mi cama de roca
Mi sueño dulce y profundo:
Roza una abeja mi boca
Y crece en mi cuerpo el mundo.

Yo tengo un amigo muerto
Que suele venirme a ver:

Mi amigo se sienta y canta:
Canta en voz que ha de doler.

Yo quiero, cuando me muera,
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi tumba un ramo
De flores, y una bandera.

Muestra este rosario de cuartetos el recurso de la epifonema de que se sirvió en los dos últimos versos de cada estancia, con el mismo extraordinario acierto con que usó tan bella figura el mexicano Díaz Mirón en su poema "A Gloria", diferente tan sólo del de Martí en que aquél está compuesto en serventesios endecasílabos, y este otro, en serventesios octosílabos.

Pero no me propongo un amplio estudio de la poesía martiana, que requiere tiempo suficiente y no el limitado de que dispongo para el presente juicio; pero sirvan éstos que acerca de su originalidad como poeta he trazado para puntualizar manera tan personalísima de exteriorizar su mundo íntimo en trina comunión de luchas, alegrías y pesares. Toda suerte de amores cuadran bien en romances y coplas. Préstase el verso octosílabo para trazos sentimentales y efusiones de amor patrio, y en él destiló no pocas mieles y otras tantas hieles el célebre autor de "Ismaelillo" y de "Versos Sencillos", libros que acreditan una personalidad poco común, la del que sabe desnudar su alma presentándola en mayor grado de hermosura que adornada con las mejores prendas del lenguaje.

Como corriente cristalina cuya falta de espuma y hojas de sobrenado permite ver mejor el fondo en que se asienta, así su poemario pleno de sencillez, y, donde se siente al Martí niño que no logró jamás estrangular al Martí hombre manifestado en relámpagos de frases sublimes y truenos de noble rebeldía en oraciones dignas del gran revolucionario y apóstol de la causa independentista de Cuba y del perfilamiento de América con espíritu, genio y características propios dentro del más amplio sentido de convivencia de todos sus pueblos.

Martí señoreó diversos géneros de la pintura y la armonía verbales, pero donde más y mejor lució su señorío fué en los de lírica menor, que no llegaban al endecasílabo. Y fué en ellos donde cantara con acento divino. Son las medidas de la naturalidad en poesía y él se avino a ellas para desatar su fluidez de manantial, al par que su ternura de niño grande para con la grandeza de la pequeñez infantil.

En octosílabos hermosos supo encerrar a la mujer, al niño y a la patria vivida en sus sueños de pa-



tríota. El romance le brotaba fácil y armonioso, la copla le salía libre de ripios, desde la forma tetrástica hasta la septina o seguidilla.

Algunas de esas coplas son mezcla brillante de fantasía y filosofía, como las siguientes, de sonoros epitasílabos con quebrados pentasílabos:

“Dígame, mi labriego,
cómo es que ha andado
en esta noche lóbrega
este hondo campo.

Dígame de qué flores
untó el arado,
que la tierra olorosa
trasciende a nardos.

Dígame de qué ríos
regó este prado,
que era un valle muy negro
y ora es lozano.

Otros, con dagas grandes
mi pecho araron:
pues, ¿qué hierro es el tuyo,
que no hace daño?

Y esto dije, y el niño,
riendo, me trajo
en sus dos manos blancas
un beso casto.”

Y es en versos sencillos e ingenuos en los que Martí expresa estas dos virtuosas elegancias de espíritu: correspondencia y tolerancia, la primera, de jurisdicción humana solamente; la segunda, de jerarquía humana también, pero en una evolución avanzada de lo humano a lo divino, como se echa de ver cuando dice:

“Cultivo la rosa blanca
en mayo como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para aquel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo:
cultivo la rosa blanca!”

Y es otro magnánimo exponente de la psicología de Martí su confesión de gratitud al Verso como al abnegado amigo que acudió siempre a su llamada sin abandonarlo un solo instante. Con este poe-

ma, del cual tomo solamente cinco redondillas maestras, quiso él exteriorizar tan caro sentimiento de su alma. Y se me antoja un doble tributo suyo a cuantos, cubanos y extranjeros, fueron leales, en la persona de él, a la causa de la independencia de Cuba, y que, siendo tantos, ideó rendírselo tomando el verso únicamente de pretexto de la noble canción de gratitud. Helo aquí:

Yo te quiero, verso amigo,
porque cuando siento el pecho
ya muy cargado y deshecho,
parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas
en tu regazo amoroso,
todo mi amor doloroso,
todas mis ansias y afrentas.

Mi vida así se encamina
al cielo limpia y serena,
y tú me cargas mi pena
con tu paciencia divina.

¿Habré, como me aconseja
un corazón mal nacido,
de dejar en el olvido
a aquel que nunca me deja?

Verso, nos hablan de un Dios
a donde van los difuntos:
verso, o nos condenan juntos
o nos salvamos los dos!

Respeto lo que altos valores de juicio y de gallardía estética como Rubén Darío han dicho acerca de que lo mejor de Martí en verso se halla en los poemas de sabor modernista que siguieron a los de sus libros “Ismaelillo” y “Versos Sencillos”, pero no lo comparto. Creo que el poeta está más de cuerpo entero en esos tiernos cantos que le inspiró la infancia y algo de su vida íntima, que en los demás, donde se familiariza con el endecasílabo y canta en versos blancos; con tanta razón cuanto que, lo que anda en labios de cultos y en boca de rústicos, son los poemas breves, que esparcidos ayer en su periódico “Edad de Oro”, hacen de oro todas las edades.

Pero sean los primeros poemas de sabor clásico, o los segundos, de sabor modernista, los que mejor hablen de Martí poeta, la verdad es que donde su vuelo lírico se remonta a colosal altura es la prosa, reflejo vivo de su pensamiento y de sus actos, en donde pueden verse refundidos admirablemente vida y obra, hombre y artista, y que vale más en qui-



lates de originalidad, vigor de colorido y hermosura estilística, que mucha riqueza lírica en versos primorosos al calor de la música épica y el fuego heroico de la pasión inspirada por el amor a la libertad.

Y en rigor de verdad, la poesía de nervio y de substancia vital digna de su consagración como inmortal no ha menester del verso como su patrón oficial para que valga como exaltación poética pura.

SU PATRIOTISMO INTEGRAL COMO BASE DE SU ENTEREZA EN EL APOSTOLADO

Martí no admitía situaciones a medias, contemporizaciones peligrosas y transacciones de ningún género por pequeñas que fuesen en punto a su ideal y a su causa. Era en esto la inflexibilidad personificada. Transigir, perjudicando de algún modo el propósito trazado y el honor de seguirlo sin doblez, tenía por un crimen. Esta característica suya arroja un dato primo al análisis de su personalidad.

Isidro Méndez, en su *Estudio Crítico-Biográfico* acerca de Martí, recoge de una carta de éste a Gómez, a fines de 1894, el breve párrafo siguiente: "El hijo que tengo, si me le falta a su país, o me le engaña u obscurece, ni es mi hijo, ni lo defiendo contra mi patria" y recoge, por igual, este otro de la madre de Martí a su hijo: "Si tanto te he dicho siempre que debías moderar tus ideas, por amor a los tuyos..." queja maternal que el hijo no impugna y del que Méndez dice: "Sabe que falta a un deber menor, y con la pasmosa ingenuidad del auténtico héroe lo pospone al deber mayor".

Todo esto me sabe a Jesucristo en aquel pasaje bíblico de las Bodas de Caná de Galilea cuando expresa a su madre allí presente, respondiendo a lo que le había dicho sobre la carencia de vino en dichas bodas: "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora", y en aquel otro pasaje relativo a la reconvencción de sus padres cuando le encontraron en el templo entre los doctores de la ley tras de haberlo buscado en vano durante varios días: "¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que me conviene estar en los negocios de mi Padre?"

La Patria lo reclamaba todo, y Martí lo sacrificaba todo por la Patria, la familia inclusive si ésta le era hostil a sus sueños y a sus ideales de patriota.

Buscaba hombres, no para sacrificarlos por un interés propio, sino por el interés de todos. Recavaba dinero, no con los ojos de la propia ventaja, sino de la ventaja común. Buscaba armas que no habían de servirle de estímulo a una ambición individual, sino

a una ansia colectiva. Su yo estaba subordinado a la pluralidad en todas las situaciones, y sólo cuando tenía que defenderse de injustos cargos venidos de la incomprensión, o responder por la causa que se combatía en su persona, hablaba en nombre de sí mismo. Entonces, como Cristo, apelaba al *Ego Sum*, y lo hacía con elegancia nazarena.

En Cuba no tenía un solo título de tierra, ni él ni su familia, pero quería salvar de extraños señoríos a la tierra cubana, que era su tierra por derecho de cuna y le pertenecía en propiedad de amor y de dolor.

La palabra *todos* es de una fuerza extraordinaria y única en Martí, y así dice en versos refiriéndose a la república:

"Con todos se ha de fundar para bienestar de todos."

DEL AMOR AL NIÑO

Dicen algunos de sus panegiristas que siempre fué un niño. Nunca lo fué. No vivió la niñez. Su precocidad por un lado y por otro la necesidad apremiante de producir antes de tiempo para ayudar en la economía casera, impidiéndoselo.

Nunca pensó como un niño, ni actuó como un niño. Desconoció el juego, ley de la infancia; y la alegría, medio natural de la niñez; y la risa, defensa natural de la salud. Tuvo la edad del niño, sí, y el cuerpo del niño, y el alma del niño, pero no fué un niño.

Es hecho innegable que si el hombre se adelanta y la adultez manda antes de tiempo, el niño se retrasa, cuando no queda malogrado definitivamente, y esto último hubiera acontecido en el caso de Martí a no haber nacido poeta y maestro. Son el poeta y el maestro en Martí los que suplieron en la vida adulta del prócer y maestro cubano la estrangulación de su niñez, y de ahí el niño grande que todos palpamos en su vida y obra que muestran, como una reivindicación, magisterio y poesía.

¿Y quién amó a los niños más que Martí? Sólo Jesucristo le aventaja en ese grande amor a la autora humana de la vida, y es porque en Cristo se da también el caso de un hombre que no vivió su niñez, de un precoz inmenso que a la edad del dulce juego se hallaba en plena madurez, perseguido desde la cuna por Herodes y en huida a Egipto cuando no podía tener conciencia del peligro que le amenazaba.

Pero Cristo era también poeta y maestro. El su-



blime Poeta del Evangelio, que inspiró a Salomón el Cantar de los Cantares, y el Divino Maestro de todos los tiempos.

Precisamente, por no haber sido nunca niño se ocupó tanto en la niñez. De la hiel de su amargura le nació la miel con que debía endulzar las horas de los niños cubanos incapaces de comprender la desgracia que pesaba sobre su amada tierra. Por eso endulzábales los labios con dulces que no dejaba de llevarles diariamente, y el corazón con el alimento espiritual de "La edad de Oro", la revista juvenil que fundó para regalo de los que tenían derecho a gastar el oro de su edad, que el tiempo ofrece al niño para

que lo disfrute plenamente y sólo al tiempo le corresponde arrebatárselo.

¡Y qué grande era así ocultando su dolor a quienes ni naturaleza ni destino les habían anticipado la amargura con la rebeldía de la precocidad!

Cierro mi ligero estudio sobre el apóstol José Martí con estas consideraciones acerca del poeta y el maestro de figura tan excelsa de la historia americana, por haber sido uno y otro los primeros en manifestarse en su grandiosa vida, y los que con más hondo arraigo están presentes con brillo singular en la diadema inmarcesible de su gloria.

JOSE MARTI

Al ilustre publicista, orador y americanista dominicano D. Federico Henríquez y Carvajal a quien Martí y Hostos tuvieron por hermano.

La refriega de Dos Ríos fué una caída continental. Hasta yo, el último de los dominicanos, al saber la muerte del más grande de los americanos de su época, sentí que alguna cosa moría en mí. Dice Estrada que Martí era su proveedor de ideal. ¡Lo fué de toda América!

El día que Cuba, que todavía no parece darse exacta cuenta de esa pérdida, mida a Martí en toda su grandeza, sus lágrimas rebotarán el mar y sus ayes enternecerán la tierra.

Siempre pensé escribir sobre el Maestro algo que, aunque no fuese digno de él, mereciese siquiera ser leído; mas quiere el cielo señalar para un trabajo que habría querido hacer con reposo, la menos propicia de las horas.

BIBLIOGRAFIA

En 1894 empenóse Gonzalo de Quesada en que Martí coleccionara su obra literaria, esparcida en mil periódicos logrando al fin que en el invierno de aquel año le entregara "unos recortes de *La Nación* de Buenos Aires envueltos en un ejemplar de *Patria*, que con su letra fina y franca había rotulado *Los Estados Unidos y Caracteres Norteamericanos* anotando en la cubierta los artículos que faltaban para completar

cada uno de los volúmenes." El 1º de Abril de 1895, en el momento de embarcarse en Montecristy, Martí pensó "en su papelería" y escribió sobre ello a Gonzalo de Quesada, a quien dice: "Mi cariño a Gonzalo es grande; pero me sorprende que llegue, como siento que ahora llega, hasta moverme a que le escriba, contra mi natural y mi costumbre, mis emociones personales."

"Para cumplir", pues, "sus últimos deseos y así corresponder a su noble confianza", Quesada ha emprendido la edición de las obras de Martí, de las que van publicados siete volúmenes, cada uno de los cuales es "una piedra del monumento que le ha de levantar su adoración y su gratitud".

En 1897 escribió Rubén Darío: "Un libro, la Obra escogida del ilustre escritor, debe ser la idea de sus amigos y discípulos, y nadie podría iniciar la práctica de tal pensamiento como el que fué no solamente discípulo querido, sino amigo del alma, el paje, o más bien "el hijo" de Martí: Gonzalo de Quesada."

Dice Figuerola Caneda que éste es, "sin duda alguna, quien pudiera escribir la biografía más interesante y completa de José Martí". En verdad, un conocimiento íntimo "del Maestro", el cariño que le

